**POR LA SOCIEDAD FRATERNAL "MEDICO-FARMACEUTICA"
DE GUANAJUATO.**

SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORES:

Una de las deducciones del precepto cristiano y humanitario de dar á los cadáveres digna sepultura, es la de libertar á su memoria del olvido. Y así debe ser, cada uno de los componentes del dualismo humano requiere un sitio distinto cuando la muerte ha desatado los vínculos que los ligaban. El cuerpo debe volver á la tierra de que fué formado y el espíritu debe volar hacia su Divino Creador.

Entonces ¿qué es lo que de los grandes hombres queda en este suelo, aparte de los frios é inanes restos que yacen en la sepultura? Nada, á no ser que la gratitud de los contemporáneos haga, por decirlo así, un retrato de aquel espíritu que les daba ser y vida.

Nosotros, los más agradecidos, pero los últimos de sus discípulos y admiradores, ¿podremos forzar nuestras débiles plumas á confeccionar una fotografía de Lucio, nuestro querido maestro? No, señores; perdonad si apenas hacemos un pálido bosquejo con los rasgos más prominentes.

Tipo del altruismo, que, en su incesante afán de pensar en sus semejantes, olvida por completo las exterioridades que otros tienen en tan alta estima; tipo del cumplimiento del deber, que en cierta mañana nefasta del mes de Setiembre de 1847, camina entre las balas del invasor á colocarse en un puesto adonde nadie, sino su propia conciencia, le llamaba; tipo del desinterés, que de nadie ni por nada recibía honorarios mayores que los fijados por la costumbre; tipo de observador; tipo del hombre estudioso; tipo de verdadero patriota. He aquí un trasunto de lo que Lucio fué.

Un general veneciano siente que se acerca la hora de su muerte, piensa en los servicios que ha prestado á su patria y recuerda la proverbial ingratitud de las comunidades. No quiere que su nombre se pierda y deja un fondo para que se le levante una estatua ecuestre, que aun hoy puede verse. Con más justicia y con más provecho para la humanidad, muchos sabios dejan su memoria elevada por encima del olvido, poniéndole por pedestal libros que, como lo dijo el poeta latino, son *monumentum ære perennius*.

Pero de nuestro Lucio. ¡cuán poco es lo que queda si la gratitud de sus discípulos enmudece!

Triste, señores, tristísima ha sido la condición de los sabios mexicanos, sobre todo entre los médicos; trabajan, experimentan, reflexionan, coor-

dinan con inmensa labor los datos que han obtenido; llegan á una conclusión que debiera darles fama universal, y... apenas conocidos en su propio país, son enteramente ignorados del resto de los pueblos civilizados. ¿Cuál es el obstáculo que les impide adquirir el renombre de que tan legítimamente debieran gozar? La falta de publicidad y su consecuencia natural, la falta de relaciones científicas. No es este el momento de enunciar las múltiples causas que han entorpecido la pluma de nuestros sabios maestros; debido á ellas, el Dr. Lucio no deja tras de sí mas que algunas obras que, aunque valiosas, no forman un monumento que dé idea de su altísimo valer.

¿Pero quién de nosotros, al recorrer el viejo libro de texto, y al rever las numerosas anotaciones de sus márgenes, no ha recordado aquella clase en que su palabra viva y rica, hacía que nuestra imaginación nos representara una clínica en las gradas en que estábamos agrupados? ¿Quién no recuerda aquella cadena no interrumpida de oportunas rectificaciones, de sabios consejos, de satisfactorias ampliaciones que transformaban por completo el texto extranjero que, á nuestros ojos, más bien que la obra de Grisolles, era el cuaderno de lecciones de Lucio?

Poned á éste en otro medio social, y ¡qué obra maestra de Patología nacional hubiera salido de sus manos! Mas no fué así; el destino fatal de nuestra patria no lo quiso, y á semejanza del envenenado de Atenas, Lucio no consignó toda su ciencia en el papel. Mas su espíritu vive en sus discípulos; débilmente lo sentimos palpitar dentro de nosotros, los que después de un trato de dos años fugaces, nos alejamos de él para siempre en este mundo. Más vivo debe latir en vuestro pecho ¡oh dignos socios de la Academia de Medicina de México, que tuvisteis la dicha de tratarlo por tantos años!

A vosotros que habéis hallado tiempos menos difíciles y que comenzáis á hacer que el nombre de los médicos mexicanos resuene fuera de los patrios ámbitos; á vosotros, profesores de la Escuela de Medicina, que en gran mayoría fuisteis sus discípulos, á vosotros toca vigilar cuidadosamente por que la memoria de Lucio no se pierda en la fría noche del olvido.

Cuando vuestros discípulos aplaudan vuestras elocuentes lecciones, cuando los extraños os envíen sus parabienes, responded: Aplaudidme, felicitadme, pero consagra un recuerdo á mi antiguo maestro que me condujo á la vía que me ha valido vuestra estimación.

He dicho.

JESÚS CHICO.